

LAS VIOLENCIAS URBANAS EN FRANCIA

Eguzki URTEAGA*

*Departamento de Sociología
Universidad del País Vasco. UPV/EHU*

Resumen: Este artículo aborda la cuestión de las violencias urbanas en Francia a través de sus características y causas. Empezando por el análisis de la delincuencia juvenil, pone de manifiesto el desarrollo de las “incivilidades” y del “negocio” ilícito en los barrios desfavorecidos, la vuelta del fenómeno de las pandillas así como la violencia anti-institucional. Estas tendencias son ilustradas por los disturbios del otoño de 2005 que han tenido un eco internacional a través de los medios de comunicación. Un estudio más detenido de estos motines permite dar cuenta de la morfología del motín, sus factores desencadenantes, la naturaleza urbana, social o étnica de estos disturbios, así como su despolitización aparente. Pero, conviene explicar tanto la delincuencia como las violencias urbanas. Estos fenómenos multiformes resultan tanto del conformismo cultural, de la crisis del control social, del incremento de la frustración, del rol de la familia, de la segregación urbana como de la cultura de ghetto.

Laburpena: Artikulu honek Frantziako hirietako indarkeriaren gaia lantzen du, gaiaren ezaugarrien eta zergati bidez. Hasteko, gazte-delinquentzia aztertzen du, eta, ondoren, honako gai hauek lantzen ditu: auzo behartsuetako “gizalegerik ezaren” eta legez kontrako “negozioen” garapena, gaizkile-taldeen fenomenoaren itzulera eta erakundeen aurkako indarkeria. Hala ere, delinquentzia nahiz hiriko indarkeriak azaltzea komeni da. Forma askotako fenomeno horiek kultura-konformismoaren, gizarte-kontrolaren krisiaren, frustrazioa handitzearen, familiaren eginkizunaren, hiri-segregazioaren eta ghettoaren kulturaren ondorioak dira.

Résumé : Cet article aborde la violence urbaine en France, ces caractéristiques et ces causes. À partir de l’analyse de la délinquance juvénile, il est montré le développement des « incivilités » et des « affaires » illicites dans les quartiers plus défavorisés, le retour du phénomène des gangs, ainsi que la violence anti-institutionnelle. Mais, il faut expliquer le crime et la violence urbaine. Ces phénomènes multiformes apparaissent comme conséquence du conformisme culturel, de la crise de contrôle social, de l’accroissement de la frustration, du rôle de la famille, de la ségrégation et de la culture du ghetto.

Summary: This article analyses the question of the urban violence in France with his characteristics and reasons. Beginning by the analysis of the juvenile delinquency, it reveals the development of the “incivilities” and of the illicit “business” in the disadvantaged neighborhoods, the return of the phenomenon of the gangs as well as the anti-institutional violence. These trends are illustrated by the autumns disturbances of 2005 that have had an international echo in the mass media. A study of these riots reveal the morphology of the riot, his trigger factors, the urban, social or ethnic nature of these disturbances, as well as his apparent depolitization. But, it is necessary to explain both the delinquency and the urban violence. These phenomena turn around the cultural conformity, the crisis of social control, the increase of the frustration, the role of the family, the urban segregation and the culture of ghetto.

* Investigador en el Centro de investigación IKER, laboratorio asociado al CNRS francés. Director de Colección en la editorial de Paris Mare et Martin y Vice-Presidente de la Sociedad de Estudios Vascos.

Palabras clave: violencias urbanas, delincuencia, disturbios, Francia.

Gako-hitzak: hiriko indarkeriak, delinkuentzia, istiluak, Frantzia.

Mots clev : violence urbaine, delinquance, tumultes, France.

Key words: urban violence, delinquency, disturbances, France.

0. INTRODUCCIÓN

Mientras que la violencia criminal ha declinado regularmente desde el siglo XIX, el último cuarto del siglo XX conoce una multiplicación de las violencias de todo tipo susceptibles de afectar a la integridad física de las personas. El número de delitos para todo el territorio francés se ha multiplicado por cuatro a lo largo de los últimos cincuenta años¹. Paralelamente, los desordenes urbanos y la irrupción de los disturbios a lo largo de los años 1980 parece dar cuenta de un reciente auge de la violencia en las ciudades. La noción de “violencias urbanas” sirve menos para designar una ciudad en su conjunto que para circunscribir las violencias a los barrios desfavorecidos, donde se difunden supuestamente, y conciernen prioritariamente a los jóvenes. Sea cual sea su escaso valor científico, esta noción de violencias urbanas traduce a la vez el incremento del ostracismo hacia estos barrios así como la realidad de una serie de conductas violentas y heterogéneas.

Pueden distinguirse cuatro características más o menos específicas a la situación contemporánea de estos barrios: un endurecimiento de la violencia física entre los propios jóvenes, el enraizamiento de una economía informal vinculada a la difusión de las drogas, el desarrollo de las violencias anti-institucionales, y la aparición y posterior institucionalización de los disturbios urbanos.

1. LAS DELINCUENCIAS JUVENILES

1.1. El desarrollo de las “incivildades”

De manera general, es poco cuestionable que la delincuencia juvenil aumenta significativamente desde los años 1960, además de conocer un rejuvenecimiento. Desde este periodo, el número de menores detenidos por la policía no deja de aumentar. En Francia, mientras que eran 50.000 en 1965, son más de 175.000 en 2002. Más allá de los daños materiales que constituyen la parte fundamental de las infracciones, son las “incivildades” de los jóvenes las que dominan la percepción de los problemas de la vida diaria en los barrios². Las “incivildades” no dañan físicamente a las personas, pero no respetan las reglas básicas de la vida en sociedad. Introducen una ruptura en los mecanismos de la comunicación y degradan, de ese modo, la tranquilidad del orden público: insultos, amenazas, actitudes provocativas e irrespetuosas, alboroto y disturbios en el vecindario, así como deterioro de edificios públicos, incidentes en los transportes públicos. En la medida en que las “incivildades” no tienen ninguna definición precisa a nivel jurídico, escapan parcialmente al derecho penal clásico. Producen

1. ROBERT, P. (1999), *Le citoyen, le crime et l'Etat*. Genève-Paris: Droz.

2. ROCHE, S. (2001), *La délinquance des jeunes*. Paris: Seuil.

a largo plazo unas condiciones de vida percibidas por los adultos como intolerables y nutren la sensación de una demisión de los poderes públicos. El incremento de la sensación de inseguridad es un indicio del deterioro de la calidad de vida en los barrios. Hoy en día, la probabilidad de ser víctima de un acto de violencia es dos veces superior cuando se vive en un barrio pobre que cuando se reside en un barrio rico.

Pueden distinguirse dos tipos de delincuencia³. El primer tipo reúne las conductas consideradas como “expresivas”, en el sentido de que no aspiran a un beneficio material (peleas colectivas, enfrentamientos con la policía, etc.), mientras que el segundo tipo de delincuencia denominada “de apropiación” reúne las conductas que aspiran a un beneficio económico (robo, venta de drogas, etc.). Desde el final de los años 1980, los jóvenes están cada vez más preocupados por unos asuntos de violencia física que no han provocado la muerte. Entre los menores, se observa una progresión modesta de las detenciones por robo y un fuerte incremento de las imputaciones por agresiones físicas y por violaciones. Como lo escribe Lagrange: “las violencias y la delincuencia expresiva se extienden y se desvinculan de la delincuencia de apropiación”. No en vano, esta violencia interpersonal se concentra en los barrios pobres de la periferia, y los jóvenes son los principales autores así como las principales víctimas. Se observa un endurecimiento de la violencia física entre los jóvenes de estos barrios. No obstante, las agresiones físicas, aunque más frecuentes, son todavía minoritarias en la sociedad gala. Los comportamientos delictivos se ejercen fundamentalmente contra los bienes materiales.

1.2. El “negocio” de los barrios

Con el deterioro de la situación económica, se ha enraizado en los barrios pobres una economía paralela vinculada a la difusión de las drogas. El consumo de cannabis, que se ha incrementado notablemente a lo largo de los últimos veinte años, es uno de los datos más significativos de la evolución de las conductas juveniles. No en vano, este consumo es más habitual entre jóvenes pertenecientes a las clases medias y altas que entre los de categorías desfavorecidas. De hecho, la lucha contra las drogas realiza una selección social que perjudica más notablemente a los jóvenes de los barrios populares⁴. Las estadísticas criminales muestran que los consumidores de drogas viven sobre todo en los barrios favorecidos, mientras que los barrios pobres se caracterizan ante todo por el negocio y las violencias físicas. Para algunos sociólogos, esta economía de las drogas introduce en los barrios de hábitat social un nuevo modo de regulación social y no ofrece solamente un sustituto a la debilidad de los recursos sino que se convierte en un modo de vida específico⁵. Para otros, el tráfico ilícito se habría desarrollado sobre todo allá donde ya existía una tradición de economía ilegal⁶. Las especificidades locales pueden así resultar determinantes para la explicación de los fenómenos de delincuencia.

3. LAGRANGE, H. (2001), *De l'affrontement à l'esquive. Violences, délinquances et usages de drogues*. Paris: Syros.

4. MONJARDET, D. (1996), *Ce que fait la police. Sociologie de la force publique*. Paris: La Découverte.

5. JAZOULI, A. (1992), *Une saison en banlieue*. Paris: Plon.

BEGAG, A. y DELORME, C. (1994), *Quartiers sensibles*. Paris: Seuil.

6. DUPREZ, D. y KOKOREFF, M. (2000), *Les mondes de la drogue*. Paris: Odile Jacob.

El negocio no se fundamenta únicamente en las drogas, sino que se extiende igualmente a una serie de productos provenientes del robo y de la receptación. Así, existen unos pequeños grupos que se implican en estas conductas delictivas. El camello sale de la dificultad y deja de estar encerrado en el barrio, puesto que su actividad necesita una doble competencia de movilidad y de invisibilidad⁷. El compromiso en el negocio significa para los jóvenes la voluntad de asumirse. Estos jóvenes se identifican al modelo del emprendedor liberal y perpetúan la mitología del *self made man* en una sociedad de competencia exacerbada. Ser camello significa, no solamente ganarse la vida, sino también ser una persona respetada en el barrio. Los camellos ostentan así su riqueza y ejercen una influencia sobre ciertos aspectos de la vida de los barrios. A este nivel, el tráfico genera a la vez una lógica del cabecilla y un sistema de solidaridad, una cierta paz social y diversas violencias⁸. En realidad, a corto plazo, la organización de los tráfico induce una forma de control social que hace disminuir las violencias visibles. A largo plazo, el incremento de los tráfico se acompaña casi siempre de un resurgimiento de graves violencias. El vínculo entre tráfico de drogas y violencias urbanas parece robusto. No obstante, esta economía delincuente solo concierne a un número extremadamente reducido de jóvenes⁹. Se trata de un “núcleo hiperactivo” que no debe ser confundido con la sociabilidad más corriente de los grupos de pares y los que consumen y/o revenden para ellos mismos. La gran mayoría de estos no da ninguna imagen heroica de esta actividad e intenta sobre todo alejarse de ella¹⁰.

En todo caso, esta microeconomía delincuente es un paliativo al desempleo y a la exclusión. Da acceso a un espacio de diversos recursos que los jóvenes en situación de precariedad pueden explotar. Los trabajos ilegales ofrecen algunos ingresos adicionales para poder participar en la sociedad del consumo. Se trata de vestirse convenientemente y de practicar actividades de ocio. Estas prácticas están determinadas por las presiones de la situación y la necesidad de encontrar unos medios para poder vivir como la gente corriente. Si cada uno sabe que estas actividades no son legales, no están consideradas como fundamentalmente delincuentes. Por lo tanto, la sensación exacerbada de ser rechazado contribuye notablemente a producir una forma de legitimación¹¹. No en vano, los jóvenes son ambivalentes, ya que el tráfico es una oportunidad pero también un verdadero peligro¹². Los jóvenes distinguen dos tipos diferentes de delincuencia que marcan una etapa determinante en la trayectoria individual porque cambian de naturaleza y de significado: oponen claramente la pequeña delincuencia demostrativa, propia a la cultura de la calle, el “despabilamiento obligado” orientado por la necesidad económica y la voluntad de asegurar una relativa auto-

7. BORDREUIL, J.S. y PERALDI, M. (1997), *Précarité et mobilité dans les quartiers nord de Marseille. Rapport d'étude « extension de l'enquête INSEE Situations défavorisées, Marseille, Périmètre du grand projet urbain, LAMES/CIREJ/CNRS.*

8. KOKOREFF, M. (2000), « Faire du business dans les quartiers. Eléments sur les transformations socio-historiques de l'économie des stupéfiants en milieux populaires. Le cas du département des Hauts-de-Seine », *Déviance et Société*, vol. 24, n° 4, pp. 403-423.

9. ROCHE, S. (2001), *La délinquance des jeunes*. Paris: Seuil.

10. TAFFERANT, N. (2007), *Le Bizness, une économie souterraine*. Paris: Le Monde-PUF.

11. DURET, P. (1996), *Anthropologie de la fraternité des cités*. Paris: PUF.

12. BORDET, J. (1998), *Les jeunes de la cité*. Paris: PUF.

mía financiera. La noción de “carrera desviante” sigue teniendo cierta actualidad para los jóvenes. Designa, en el proceso secuencial de construcción de una trayectoria y el modo de aprendizaje de las técnicas delincuentes, unas fases sucesivas, que motivan o al contrario hacen rechazar el compromiso¹³. Así, de 13 a 19 años, la delincuencia demostrativa disminuye claramente y se orienta hacia la búsqueda de un beneficio económico. A partir de los 20 años, la delincuencia de apropiación baja considerablemente y desaparece prácticamente a los 30 años¹⁴.

¿Cuáles son los ingresos y el volumen de negocios de los camellos locales? Estamos lejos de la imagen del camello cuyo nivel de vida sería lujoso, ya que la mayoría de los traficantes alcanzan un nivel de vida medio¹⁵. Según Duprez y Kokoreff, el negocio de los barrios debe ser analizado en el marco de una economía de la “maña” que reactualiza las viejas estrategias populares de lucha contra la pobreza. En realidad, los tráfico se organizan sobre la base de un sistema relacional marcado por la inestabilidad y la incertidumbre. La fragilidad de las redes de relación y la amenaza constante de la policía se acompañan a menudo de un cambio de orientación entre los jóvenes traficantes. El “dinero fácil” no es ganado fácilmente. El negocio convierte la ausencia de cualquier perspectiva de futuro en cada vez más creíble, ya que el empleo es la única vía de acceso a un estatus social reconocido. Se acompaña igualmente de la dureza e incluso de la violencia de las relaciones. El contexto del ghetto norteamericano ilustra perfectamente el efecto ambivalente de la economía ilícita. La cultura de la calle puede definirse como una cultura de la resistencia ante la segregación y el racismo, apuntando para los jóvenes una “búsqueda personal de dignidad”. Pero, simultáneamente, el comercio de las drogas se perfila como un elemento de destrucción de la persona y el mundo en el que vive¹⁶.

1.3. El fenómeno de las pandillas

Con el desarrollo de los enfrentamientos violentos que oponen unas pandillas de jóvenes, la sociedad francesa parece redescubrir un fenómeno que parecía pertenecer al pasado. Hecho nuevo o reactualización de una cuestión antigua, como la de los jóvenes *Apaches*, el punto en común de estas pandillas a lo largo del tiempo es el temor que suscitan. Para la opinión pública, la pandilla es siempre sinónimo de amenaza, de desviación y de violencia. Además, es muy difícil distinguir lo que corresponde a la realidad de las conductas juveniles y la construcción de un mito mediático. En el sentido contemporáneo, el término de pandilla es utilizado a partir de los años 1960 para designar las “Cazadoras negras”, que agrupaban unos jóvenes provenientes de la clase obrera. El agotamiento de la sociedad industrial conduce a diagnosticar la desaparición de las pandillas a propósito de los jóvenes de los suburbios afectados por la supervivencia¹⁷. La vuelta de las pandillas sobre la escena pública se produce en el inicio de los

13. BECKER, H.S. (1985), *Outsiders. Etudes de sociologie de la déviance*. Paris: Métailié.

14. MUCCHIELLI, L. (2000), *Familles et délinquance. Un bilan pluridisciplinaire des recherches francophones et anglophones*. Dossier d'Etude, n° 9, Paris: CNAF.

15. DUPREZ, D. y KOKOREFF, M. (2000), *Les mondes de la drogue*. Paris: Odile Jacob.

16. BOURGOIS, P. (2001), *En quête de respect. Le crack à New York*. Paris: Seuil.

17. DUBET, F. (1987), *La galère. Jeunes en survie*. Paris: Fayard.

años 1990 con el fenómeno *zoulou* que asocia una lógica territorial y unas identificaciones étnicas según la morfología de los barrios.

¿Cómo definir la noción de pandilla? La cuestión planteada no es sencilla ya que la pandilla es una característica de edad que hace referencia a una necesidad de sociabilidad juvenil. Los fenómenos de agrupación son una constante de la adolescencia en todos los entornos sociales. Pero, todos los grupos de pares no forman unas pandillas. La existencia de una pandilla implica un cierto nivel de estructuración del grupo y una relación de “segregación recíproca” entre jóvenes y adultos¹⁸. Además, incluso si el origen social de los jóvenes no es un principio teórico de definición de las pandillas, la mayoría de los estudios sociológicos se fundamentan en los barrios de hábitat social. Así, el “mundo de las pandillas” está asociado a las clases populares y a las conductas masculinas de virilidad¹⁹. Se pueden identificar como mínimo cuatro elementos: la pandilla contrata a sus miembros básicamente entre los entornos desfavorecidos, está vinculada a un territorio, está compuesta sobre todo por hombres y funciona fuera de la mirada de los adultos.

La mayoría de las teorías sociológicas explican la aparición de las pandillas como una respuesta al proceso de desorganización social, por una parte, y como una lógica de estigmatización, por otra parte. En 1927, Trasher mostraba, en una obra que se ha convertido en todo un clásico, los vínculos entre crecimiento de las ciudades, procesos de segregación espacial y étnica, creación de zonas de desorganización social y enraizamiento de las pandillas en Estados Unidos²⁰. Así, las pandillas de la ciudad de Chicago ocupan las zonas “intersticiales”, situadas entre los barrios céntricos y los barrios periféricos, allá donde residen los emigrantes europeos que se enfrentan a unos problemas de integración. En estos barrios, la delincuencia se beneficia de un cierto prestigio social, procura unas ventajas económicas y se desarrolla por transmisión cultural. El autor muestra que otro elemento decisivo de la formación de una pandilla es el conflicto con el entorno. Su unidad se crea en parte desde el exterior por la oposición declarada a otros grupos y las relaciones de hostilidad con la policía. La pandilla se concientiza entonces de sí misma y se estructura en grupo delincuente. Este análisis significa que la pandilla supone la posibilidad para los jóvenes del ghetto de construir otros modos de pertenencia. Las pandillas de jóvenes son una reacción “sociológicamente normal” a la desorganización social²¹. Construyen unas micro-sociedades, una solidaridad y unas reglas, allí donde la sociedad global no está en medida de ofrecer unas perspectivas creíbles de integración. La pandilla es la forma de organización colectiva y política proveniente de los barrios pobres.

En Francia también, las nociones de territorio, trayectoria migratoria, exclusión escolar y relación conflictiva con el entorno son unos aspectos notables de las encues-

18. ROBERT, P. y LASCOUMES, P. (1974), *Les Bandes d'adolescents*. Paris: Editions Ouvrières.

19. MAUGER, G. (2006), *Les bandes, le milieu et la bohème populaire. Etudes de sociologie de la déviance des jeunes des classes populaires (1975-2005)*. Paris: Belin.

20. TRASHER, F.M. (1955), *The gang. A study of 1313 gangs in Chicago*. Chicago: Chicago University Press.

21. CHAZEL, F. (1985), « Mécanismes d'intégration et formes de déviance », *Encyclopedia Universalis*, pp. 652-656.

tas²². Pero, el vínculo entre pandilla y delincuencia es paradójico. Mientras que los dos términos están sistemáticamente asociados, el lugar de la delincuencia, en la mayoría de los trabajos, no está considerado como central. La delincuencia puede ser una expresión de las pandillas, pero no constituye su fundamento. Es preciso distinguir la noción de *gang*, que hace referencia a unos pequeños grupos centrados en la delincuencia violenta, y las pandillas de adolescentes implicados en una “delincuencia aficionada y mal organizada”²³. En realidad, la dificultad para precisar el vínculo entre pandilla y delincuencia se refuerza por el carácter no-homogéneo y diversificado de las propias pandillas. Además, las pandillas pueden ser violentas, no solamente en razón de la propia naturaleza de las actividades delinquentes, sino también porque la violencia forma parte de su identidad y de su honor. Mauger²⁴ distingue dos polos en las pandillas: el primero está regido por una “lógica agnóstica” que valoriza la fuerza física y la dureza, y que funciona como norma constantemente reafirmada en el barrio. El segundo polo, que se ha reforzado estos últimos años, está vinculado a las actividades de negocio, dado que algunos jóvenes se implican en la economía subterránea.

La cuestión recurrente en los debates se refiere al nivel de cohesión interna de la pandilla. En la mayoría de los trabajos, la pandilla es un fenómeno efímero susceptible de deshacerse en cualquier momento. Sean cual sean las dificultades para cernir este fenómeno, aparece que las pandillas de los suburbios franceses no forman unos grupos organizados, dominados por la autoridad carismática de un líder, una denominación específica y un conflicto declarado a otros grupos. Surgen de manera aleatoria y puntual en peleas o en enfrentamientos con la policía. Según Roché, el 84% de los jóvenes que se han peleado en grupo no hacen referencia a la existencia de una pandilla estable. Además, estas peleas no implican una propensión a cometer otros delitos: durante unos enfrentamientos espectaculares sobre la plaza del barrio de la Defensa en París en enero de 2001, sobre unos 30 jóvenes detenidos, la policía solo conocía a dos de ellos²⁵. La mayoría de los trabajos subrayan la confusión entre supuestas pandillas, grupos de pares y simples agrupaciones de sociabilidad juvenil. Conviene hablar de una “constelación de pequeños núcleos informales y cambiantes”²⁶. Estos trabajos concluyen en la ambigüedad de los roles y en la plasticidad de las normas de conducta juveniles.

Incluso si las pandillas no son un hecho nuevo, la situación en la cual se enraízan pone de manifiesto unos rasgos específicos. Por una parte, las perspectivas de entrada en la pandilla son aún más grandes en estas épocas en que las posibilidades de empleo retroceden para los jóvenes en situación de fracaso escolar. El sistema educativo suscita unas aspiraciones que no puede satisfacer y genera, por lo tanto, unas situaciones de

22. MOHAMMED, M. (2007), *La place des familles dans la formation des bandes de jeunes*, Thèse de doctorat en sociologie, Université Versailles Saint-Quentin-en-Yvelines.

23. ESTERLE-HEDIBEL, M. (1997), *La Bande, le risque et l'accident*. Paris: L'harmattan.

24. MAUGER, G. (2006), *Les bandes, le milieu et la bohème populaire. Etudes de sociologie de la déviance des jeunes des classes populaires (1975-2005)*. Paris: Belin.

25. ROCHE, S. (2001), *La délinquance des jeunes*. Paris: Seuil.

26. BACHMANN, C. y LE GUENNEC, N. (1997), *Autopsie d'une émeute. Histoire exemplaire du soulèvement d'un quartier*. Paris: Albin Michel.

frustración aguda, en el momento en el cual el trabajo manual aparece a los jóvenes como una actividad muy desvalorizada. Por otra parte, le economía del “negocio” facilita el engranaje en la delincuencia. La pandilla ofrece una alternativa identitaria, incluso si la pandilla es una institución compensatoria y transitoria. Por último, la dimensión étnica de las pandillas no existía en los años 1960. La mayoría de ellas están compuestas actualmente por jóvenes provenientes de la inmigración magrebí, africana o antillesa. Ante las diferentes formas de discriminación, se forman unas identidades reactivas y etnicizadas, convirtiendo el estigma padecido en principio de orgullo. La pandilla se transforma entonces en un ciclo de relaciones étnicas.

1.4. La violencia anti-institucional

Las violencias colectivas han conducido a la creación de una sección “violencias urbanas” y posteriormente “ciudades y suburbios” en la dirección de los servicios de inteligencia en 1991. Se trata de un instrumento de medida para disponer de una herramienta de dirección de las acciones de seguridad pública. La parrilla de evaluación de la Comisión Bui-Trong jerarquiza 800 barrios problemáticos según una escala de violencia de los jóvenes de 8 niveles²⁷. Esta escala no mide tanto las violencias urbanas sino que toma en cuenta los desórdenes públicos y los conflictos entre los jóvenes y las instituciones.

Esta escala muestra tres evoluciones fundamentales. Por una parte, revela un deterioro de las relaciones entre jóvenes e instituciones públicas. La violencia contra las instituciones es una especificidad francesa, porque no se observa con la misma intensidad en otros países. Se dirige a la política, al sistema educativo, a los servicios sociales, a los transportes, a los equipamientos colectivos, así como a los bomberos y médicos. Por otra parte, esta escala muestra la propagación de la violencia en el tiempo y en el espacio. En 1991, 106 barrios estaban afectados por las violencias urbanas en diferentes niveles. Son 485 en 1993, 636 en 1995, 749 en 1997 y 818 en 1999. Pero, entre estos 818 barrios, 355 ya habían sido identificados en 1993. Dicho de otra forma, si las violencias colectivas aumentan, es menos por su extensión que por una intensificación en las zonas singularizadas desde hace más de veinte años. Se observan igualmente unos periodos de tranquilidad en ciertos barrios que revelan, bien el paso de una lógica del desafío a la puesta en marcha de una economía subterránea, bien una verdadera mejora de las situaciones (se traducen a menudo en un desplazamiento de los problemas hacia otras zonas). Por último, esta escala muestra que las zonas que generan una fuerte actividad delictiva y violenta son los barrios de hábitat social situados en la periferia, con una fuerte densidad de población, que agrupan una proporción superior a la media de los menores de 20 años, de los cuales una parte significativa pertenece a familias numerosas provenientes de la inmigración. Para que la tasa de desempleo sea determinante en la aparición de las violencias colectivas y/o del tráfico de drogas, conviene que sea combinado a otros factores.

27. BUI-TRONG, L. (1993), « L'insécurité des quartiers sensibles : une échelle d'évaluation », *Les Cahiers de la sécurité intérieure*, n° 14.

BUI-TRONG, L. (2000), « Violences urbaines dans les quartiers sensibles », in MATTEI, M.F. y PUMAIN, D. (eds.), *Données urbaines*. Paris: Economica, pp. 123-136.

2. LOS DISTURBIOS DEL OTOÑO DE 2005

El hecho más relevante de la historia de los suburbios empobrecidos es sin duda la aparición e instalación desde hace más de treinta años de los disturbios urbanos. Hasta entonces, concernían ante todo a algunos barrios de los suburbios de las grandes ciudades, sobre todo en Lyon y París, antes de extenderse durante los años 1990 al conjunto del territorio, incluyendo las pequeñas y medianas ciudades de provincia. En 1981, los disturbios son un fenómeno inédito en Francia mientras que los Estados Unidos e Inglaterra han conocido unas revueltas muy violentas durante los años 1960 y 1970. En ambos casos, se trata de una violencia colectiva cometida por unos jóvenes deseosos de defender un territorio que acumula la segregación étnica y la exclusión económica²⁸.

En este sentido, los disturbios de 2005 no constituyen una novedad. No marcan una ruptura, sino el endurecimiento de procesos segregativos ya identificados con anterioridad. No en vano, son inéditos por la amplitud de su difusión sobre el territorio galo (a partir de un acontecimiento inicialmente local) y por su dureza: más de tres semanas de violencia constante, 274 municipios concernidos, 250 millones de euros de daños y estragos, 11.500 policías y gendarmes movilizados, más de 10.000 coches quemados, 233 equipamientos públicos destruidos o deteriorados, un centenar de empresas afectadas en la región parisina, la instauración el 8 de noviembre por decreto del estado de emergencia, etc. Como jamás en el pasado, los disturbios han constituido un acontecimiento político y social, que ha suscitado una cobertura mediática excepcional en el mundo entero y una cantidad impresionante y desigual de comentarios, de escritos²⁹ y de coloquios.

2.1. Morfología del motín

Los disturbios de 2005 combinan unos elementos originales con cierta continuidad. Se distinguen por su geografía, el perfil de los amotinadores y sus objetivos³⁰. Los barrios concernidos (50 en región parisina y cerca de 200 en provincias) están clasificados mayoritariamente en “zona urbana sensible” (el 85%), y acumulan unos criterios particulares: la proporción de individuos de menos de 20 años, el número de familias numerosas, especialmente las familias originarias de África subsahariana, (la proporción de familias numerosas está vinculada a la intensidad de los motines y no a la proporción de extranjeros extra-comunitarios, ya que los jóvenes provenientes de la inmigración africana no están más implicados que los jóvenes europeos cuando el tamaño de la hermandad es comparable), la proporción de los menores de 25 años que se encuentran en el paro (los mayores titulados de la enseñanza superior desempeñan un papel relevante). Asimismo, estos barrios forman parte de las “zonas francas urbanas” (ZFU), activas y creadoras de empleo, pero que suscitan unas expectativas

28. LAPEYRONNIE, D. (2006), « Les émeutes urbaines en France, en Grande-Bretagne et aux Etats-Unis », *Regards sur l'actualité*, La Documentation française, n° 319, pp. 5-14.

29. MAUGER, G. (2006), *L'émeute de novembre 2005. Une révolte protopolitique*. Paris: Editions du Croquant.

30. LAGRANGE, H. (2006), « La structure et l'accident », in OBERTI, M., *Émeutes urbaines et protestations. Une singularité française*. Paris: Presses de Sciences Po, pp. 105-130.

que no pueden satisfacer y están situados a menudo en unas configuraciones urbanas donde los contrastes sociales son virulentos (zonas pobres en unos territorios ricos). Por último, un rasgo común de los barrios concernidos consiste en el debilitamiento del sector asociativo.

El perfil de los amotinadores es igualmente objeto de debate. Según Lagrange, estos disturbios revelan la experiencia de una parte solamente de una clase de edad: unos chicos, adolescentes de entre 15 y 20 años básicamente, a menudo en dificultad escolar, que no han acompañado sus compañeros de la misma edad, ni desarrollado unos vínculos con los jóvenes adultos. El perfil sería el siguiente: ni verdaderamente delincuentes, ni desempleados, ni titulados, además de ser muy jóvenes, mixtos culturalmente e integrados en el entorno social de pertenencia. A lo largo de los años 1990, los disturbios asociaban a menudo unas conductas emocionales y utilitarias, la revuelta y el robo (saqueo de las tiendas) contra un sistema percibido como segregativo. En comparación, el disturbio de 2005 no corresponde a una delincuencia de apropiación: esta última no está ausente, aunque esté poco presente. Estos disturbios tampoco se han traducido por un enfrentamiento entre pandillas o entre minorías, lo que constituye una diferencia con los motines que han tenido lugar en Inglaterra y en Estados Unidos. Los disturbios de 2005 ponen de manifiesto el enfrentamiento entre la policía y los coches quemados. Así, la simbología del fuego ha sido dominante, mostrando que se trata de atraer la atención y de hacerse escuchar.

2.2. Los factores desencadenantes

La mayoría de los aspectos de los disturbios se repiten. Una vez más, la sociedad francesa “descubre” la amplitud del abismo que separa los barrios desheredados del resto del país. Los reportajes dan cuenta de la dureza de las condiciones de vida y de la violencia que amenaza el orden social. Como siempre, los disturbios son irreversibles y fuertemente probables³¹. Como en cada ocasión, se acompañan de manifestaciones silenciosas, de un llamamiento a registrarse en las listas electorales, del anuncio de un plan Marshall, etc. Posteriormente, la emoción recae, vuelve la calma y el problema sale del debate mediático. De hecho, es todo un ritual.

El desencadenamiento de los disturbios se inscribe en un esquema clásico. Desde hace 25 años, la cronología de los motines, incluso el de Clichy-sous-Bois, revela ciertas similitudes: tras unos incidentes graves y controvertidos, que cuestionan la actuación de la policía, algunos jóvenes entran en conflicto con las fuerzas de seguridad, queman coches y destruyen los equipamientos colectivos de su barrio³². El sentimiento de pertenencia territorial y la hostilidad hacia la policía son tan anclados en la identidad de estos jóvenes que pueden implicar el apoyo hacia un atracador fichado en el gran bandolerismo, que las fuerzas del orden intentan detener³³. Por lo tanto, los motines no surgen brutalmente del vacío sino que son el producto, al menos parcialmente,

31. BACHMANN, C. y LE GUENNEC, N. (1997), *Autopsie d'une émeute. Histoire exemplaire du soulèvement d'un quartier*. Paris: Albin Michel.

32. BATTEGAY, A. y BOUBEKER, A. (1992), « Des Minguettes à Vaulx-en-Velin, fractures sociales et discours publics », *Les Temps modernes*, nº 545-536.

33. BEAUD, S. y PIALOUX, M. (2003), *Violences urbaines, violences sociales*. Paris: Fayard.

de las relaciones mantenidas por los jóvenes con la policía. Constituyen el momento paroxístico de un proceso más ordinario existente en la vida diaria: el de un clima de suspicacias y de tensiones, de desafíos y de provocaciones recíprocos³⁴.

En trasfondo de este factor, hay sobre todo las tendencias segregativas que inciden en el problema de los suburbios desde hace más de treinta años. Los motivos de estas violencias son heterogéneos. Los motines revisten un aspecto multidimensional. Asocian unas dimensiones locales, socioeconómicas, territoriales, culturales e institucionales. De hecho, los disturbios no son fundamentalmente unas conductas dictadas por la pobreza, incluso si los barrios concentran el desempleo y las dificultades. No aparecen en las zonas más marginadas y los jóvenes que los practican no son todos unos jóvenes con problemas. Es sabido, por ejemplo, que los barrios desfavorecidos que tienen una tasa de desempleo muy superior a la media nacional y están situados en la mitad de una aglomeración globalmente pobre carecen de violencia colectiva (Nord Pas-de-Calais o Poitou-Charentes), mientras que los mismos tipos de barrios caracterizados por unas tasas de desempleo muy inferiores pero situados en el seno de una ciudad favorecida están muy preocupados por este problema (Île-de-France, Rhône-Alpes, Alsace). Uno de los factores desencadenantes de los disturbios es, por lo tanto, menos la pobreza en términos absolutos que las diferencias sociales en términos relativos. El caso de los disturbios que han acontecido durante un periodo de crecimiento económico y del empleo no es menos paradójico, a la imagen de Montbéliard en julio de 2000³⁵. ¿Cómo explicarlo? Estos sociólogos subrayan la importancia de la dimensión socioeconómica de los disturbios, considerados no como un simple trasfondo, que sería exterior a los individuos, sino como un verdadero proceso estructural que fabrican, desde hace más de treinta años, una “personalidad social agresiva” de los jóvenes de estos suburbios. Por lo tanto, conviene, al menos provisionalmente, abandonar el territorio de los barrios desheredados para detenerse sobre lo que ocurre en las fábricas y, especialmente, la fuerza de los efectos del desempleo masivo y de la precariedad, las transformaciones de las relaciones colectivas de trabajo y la profunda desagregación del mundo obrero, inexistente social y políticamente.

Para comprender y explicar los disturbios de 2005, es preciso movilizar un análisis multifactorial que combine las variables estructurales y las lógicas de actores así como los efectos contextuales. La explicación por las causas sociales del motín es insuficiente. Asimismo, conviene tomar en consideración la temporalidad del acontecimiento, los vínculos de determinaciones parciales entre las situaciones, los factores coyunturales y los motivos de compromiso de los jóvenes en las violencias. En noviembre de 2005, varios acontecimientos han sido decisivos³⁶: la muerte por electrocución de dos adolescentes, las violencias de reacción dirigidas contra las fuerzas de seguridad, la comunicación de las autoridades nacionales y la personalización del conflicto, los rumores, la inadaptación del dispositivo de intervención policial, el incidente de una granada lacrimógena lanzada por error en la mezquita de Clichy-sous-Bois, que marca

34. BRONNER, L. (2010), *La loi du ghetto*. Paris: Calman-Levy.

35. BEAUD, S. y PIALOUX, M. (2003), *Violences urbaines, violences sociales*. Paris: Fayard.

36. LE GOAZIOU, V. y LUCCHIELLI, L. (eds.), *Quand les banlieues brûlent. Retour sur les émeutes de novembre 2005*. Paris: La Découverte.

la extensión de las violencias en Seine-Saint-Denis, la difusión nacional de los disturbios, el papel de los medios de comunicación. Por otra parte, las razones del paso al acto son diversas y ambiguas. Existe, por ejemplo, una búsqueda de sensaciones fuertes en el motín³⁷. Los jóvenes que participan en los disturbios alegan varias razones, pero ofrecen una explicación ambivalente que oscila entre una dimensión lúdica y un aspecto de protesta. En realidad, la frontera entre amotinadores es porosa, ya que pueden distinguirse varias maneras de participar en el motín.

2.3. Disturbios sociales o étnicos

Los disturbios de 2005 no son la expresión de una afirmación identitaria étnica, aunque los jóvenes concernidos se sientan a menudo víctimas de racismo. Los barrios afectados por el motín muestran que no están enmarcados ni por los predicadores religiosos (que no han podido impedir la violencia), ni por los camellos (que necesitaban cierta discreción). No hay ningún vínculo entre economía paralela y no-uso de la violencia. Asimismo, la religión ha estado ausente, dado que los jóvenes no han expresado ninguna reivindicación sobre el velo islámico o las mezquitas. Protestan contra las discriminaciones. Estos últimos están animados por un sentimiento de injusticia y de desprecio. Todos hablan de una necesidad de reconocimiento y de respeto y hacen un llamamiento a una ciudadanía igualitaria. Es cuestión de ser reconocido como todos los demás, es decir en todos sus derechos, en lugar de serlo en su peculiaridad. El motín reúne, por lo tanto, a unos individuos sobre la base de su condición económica ante todo, a la cual se combina posteriormente un criterio étnico vinculado a la discriminación basada en el color de la piel. Revela una división en términos de clase social y de segregación urbana. El criterio étnico es un elemento asociado a los disturbios, pero no constituye su fundamento. El proceso de apertura no es la islamización, sino la ghettoización urbana, no es una cultura arabo-musulmana, sino el barrio y su “cultura de la calle”³⁸. En este sentido, los enfrentamientos pueden leerse como una extensión de la “lógica agnóstica del mundo de las pandillas”, dado que éste valoriza el desafío y la práctica del combate³⁹.

2.4. La despolitización de los disturbios

Los disturbios de 2005 se dirigen igualmente a la intervención pública. Efectivamente, no se queman únicamente los coches, sino que se incendian igualmente las escuelas, los transportes públicos, los equipamientos colectivos, etc. Este aspecto no es novedoso ya que, en el inicio de los años 1990, los disturbios se producen allí donde los barrios, tales como Vaux-en-Velin, podían ser considerados como un modelo de los dispositivos de desarrollo social urbano. Este aspecto es fundamental puesto que el número de disturbios aumenta significativamente durante el periodo posterior al derrumbe de las formas de movilización colectiva para la ciudadanía de los jóvenes de origen magrebí. Las identificaciones de los jóvenes de los barrios marginados se

37. ROCHE, S. (2006), *La frisson de l'émeute. Violences urbaines et banlieues*. Paris: Seuil.

38. ROY, O. (2005), « Intifada des banlieues ou émeutes de jeunes déclassés ? », *Esprit*, décembre.

39. LAGRANGE, H. (2006), « La structure et l'accident », in OBERTI, M., *Emeutes urbaines et protestations. Une singularité française*. Paris: Presses de Sciences Po, pp. 105-130.

convierten en aún más territoriales y no se encierran sobre sí mismas. Porque destruyen a menudo los servicios del barrio, una de las principales características de los motines es su dimensión autodestructiva⁴⁰. Esta violencia, a menudo considerada como “gratuita”, porque destruye los bienes del barrio, encuentra sin embargo unos elementos explicativos en el juego complejo de las relaciones entre los jóvenes y las instituciones, especialmente la pérdida de confianza entre unos y otros⁴¹.

La instalación progresiva de los incidentes en el contexto de los barrios desfavorecidos, favorece una relación instrumental a la violencia, a partir del momento en que ésta, escenificada por los medios de comunicación, asegura una visibilidad social que puede ser eficaz. Efectivamente, los jóvenes pueden desencadenar un motín para atraer la atención, lo que interpela las instituciones y los políticos que se ven obligados a conceder unos recursos adicionales al barrio. La violencia se convierte entonces en una vía de entrada eficaz en el debate público, una “toma de poder en una vida sin poder”⁴². ¿No se han restablecido, tras los disturbios de 2005, la financiación para las asociaciones y reintroducido el principio de las mediaciones?

Objeto, por una parte, de un tratamiento mediático que confiere a la imagen un derecho de entrada eficaz en la esfera pública y, por otra parte, asumida por las políticas de prevención y de represión, el motín indicaría más generalmente un vacío político. Plantea la cuestión de la representación política de los barrios pobres y de las condiciones de funcionamiento de una democracia urbana⁴³. De hecho, varios ejemplos en el extranjero ponen de manifiesto el desfase existente entre la población y sus representantes⁴⁴. No en vano, la incertidumbre es notable en lo que se refiere a la naturaleza de la adversidad, en el sentido de que la responsabilidad de la situación parece concernir a todo el mundo pero no implicar a nadie en particular. El motín expresa ciertamente una conciencia aguda del rechazo pero un rechazo vivido como un mecanismo global donde todo el mundo parece ser responsable y, simultáneamente, nadie lo es. No hay ningún enemigo identificable ni reivindicación claramente formulada. Se trata de la manifestación de un espíritu de revuelta, no desprovisto de aspectos lúdicos, contra la segregación y un sentimiento omnipresente de desprecio. Pero, los disturbios se enfrentan a un callejón sin salida. No desemboca sobre unas formas de movilización colectiva, excepto el movimiento de la marcha de los “beurs” durante los años 1980, el movimiento “stop la violencia” aparecido en unos barrios de los suburbios de París al final de los años 1990, y el colectivo asociativo ACLEFEUX que ha visto la luz en Clichy-sous-Bois. Porque los amotinadores, más especialmente los de noviembre de 2005, están solos ante ellos mismos, sin canales de expresión, aislados políticamente.

40. BEGAG, A. y DELORME, C. (1992), “Rites sacrificiels des jeunes dans les quartiers en difficulté”, *Annales de la recherche urbaine*, n° 54, pp. 45-52.

41. BACHMANN, C. y LE GUENNEC, N. (1997), *Autopsie d'une émeute. Histoire exemplaire du soulèvement d'un quartier*. Paris: Albin Michel.

42. BODY-GENDROT, G. (1998), *Les villes face à l'insécurité. Des ghettos américains aux banlieues françaises*. Paris: Bayard.

43. WIEVIORKA, M. (1999), *Violence en France*. Paris: Seuil.

44. GHORRA-GOBIN, C. (2007), « La sous-représentation politique des habitants des quartiers pauvres : regard ancré dans la ville américaine », *Informations sociales*, n° 141, juillet 2004.

Antes de referirse a la sociedad, la violencia de los barrios desheredados se vuelve contra ellos mismos. Sin adversario, los jóvenes de los barrios destruyen su propio universo.

Aparece entonces una división sobre el significado de los disturbios: bien se interpreta como un episodio de delincuencia, bien como la expresión de una sublevación popular. Por un lado, se hablará de actos de rebelión anti-institucional que es preciso clasificar en la sección de las “violencias urbanas”. Desde este punto de vista, los disturbios de 2005 no traducen de ninguna manera un movimiento de naturaleza política. Por otro lado, las conductas de los amotinadores expresan unos llamamientos políticos fuera de una conducta colectiva organizada⁴⁵. Ante la ausencia de espacio de representación, el motín es percibido como una protesta no-convencional, una conducta “infra” o “proto”-política, interpretada a partir de una realidad exterior a los amotinadores. Entre estos dos polos, es complicado concluir sobre una denominación precisa de los disturbios, sabiendo que el plural indica la ausencia de unidad del fenómeno, la diversidad de las situaciones y unos significados a los que hace referencia.

En definitiva, el motín de 2005 combina varias dimensiones: mezcla la protesta, lo lúdico y la delincuencia expresiva. Sin duda, es en la articulación de las lógicas territoriales y de la “cultura de la calle”⁴⁶ y de las causas sociales de la “rabia”⁴⁷, articulación a geometría variable según los contextos locales y el impacto de las respuestas institucionales, donde encuentra la mejor explicación.

2.5. Los coches quemados de Estrasburgo

Se observan igualmente unos disturbios de carácter más o menos “festivo”, a la imagen de los incidentes de la San Silvestre (31 de diciembre) en Estrasburgo. Mientras que la mayoría de los motines surgen de incidentes graves y controvertidos con la policía, los incendios de coches no son sin precedentes. En 1997, más de 50 coches son incendiados durante el año nuevo, como si la periferia participara en este evento con un incendio festivo de los símbolos de la sociedad del consumo, como para protestar contra el hecho de estar excluidos. La situación se reproduce al año siguiente. La mayoría de la opinión pública analiza esta situación estigmatizando el defecto de socialización de los jóvenes, percibidos como desestructurados y sin puntos de referencia. Este análisis es cuestionable ya que los coches quemados hacen referencia a una relación tradicional con el juego, el que marca un rito de paso. Además, estos jóvenes saben que está prohibido quemar coches y no lo hacen cualquier noche, de modo que conocen las reglas de los adultos. No se trata, por lo tanto, de un problema de socialización.

La cuestión planteada es más bien la de la legitimidad de la regla jurídica en un contexto de segregación. De hecho, los coches quemados no resultan de una escasa interiorización de las reglas del juego, sino que traducen un juego sobre las reglas. De este modo, estos jóvenes acceden a una visibilidad, a través de la publicidad de

45. KOKOREFF, M. (2008), *Sociologie des émeutes*. Paris: Payot.

46. LEPOUTRE, D. (1997), *Cœur de banlieue*. Paris: Odile Jacob.

47. DUBET, F. (1987), *La galère. Jeunes en survie*. Paris: Fayard.

los medios de comunicación, de los que se sienten excluidos el resto del tiempo. Los incendios de coches expresan a la vez una dimensión lúdica e identitaria. Las encuestas realizadas sobre la ciudad de Estrasburgo subrayan el desfase existente entre la riqueza del centro urbano y su situación central en Europa, por una parte, y la sensación dominante de pobreza en los barrios de la periferia, por otra parte. Paradójicamente, esta distancia social es vivida de manera aún más violenta por los jóvenes desde que estos barrios están bien comunicados con el centro por el transporte público. De cierta forma, el aumento de la oferta de transporte en una sociedad de movilidad aumenta la sensación de inamovilidad social. Quemando los bienes que permiten circular entre el centro y la periferia, los jóvenes se retiran de la ciudad, para reivindicar su identidad territorial⁴⁸. Afirman un estatus de excluido, siendo actores de su exclusión, y transforman esta última en acto voluntario de insularidad. El juego de las reglas es, por lo tanto, un juego sobre la distancia social, aprovechada en una reivindicación destinada a chocar y a transformar el orden establecido.

3. LA EXPLICACIÓN DE LA DELINCUENCIA Y DE LA VIOLENCIA URBANA

Las causas de la delincuencia y de las violencias urbanas son complejas y heterogéneas. No se reducen a una explicación única sino que implican un análisis multifactorial que combina las variables estructurales y las lógicas de actores así como los efectos contextuales. El primer resultado constantemente reiterado por la mayoría de los investigadores estriba en la ausencia de unidad de las causas y de los significados de la violencia y de la delincuencia. Deben ser analizados en el marco de las lógicas de segregación urbana, de la generalización de la sociedad del consumo, de la concentración espacial del desempleo, de los efectos de la escolarización masiva, de la inmigración y del racismo, así como la influencia de la familia y del grupo de pares, el enraizamiento de la ideología individualista en los estilos de vida, y las estrategias de los actores ante las respuestas institucionales y políticas que obtienen.

3.1. La delincuencia como conformismo

El resurgimiento de la delincuencia es inseparable de la crisis del empleo como recurso económico pero también como fundamento de la identidad personal y del reconocimiento social. El desempleo masivo y la precariedad de los jóvenes de los barrios desfavorecidos apartan a buena parte de ellos de las vías clásicas de realización personal. La delincuencia resulta entonces de la distancia excesiva existente entre las aspiraciones de los individuos y los medios legítimos de los que disponen para poder realizarlas⁴⁹. Paradójicamente, la desviación aparece como una voluntad de integración. Las conductas de los jóvenes resultan menos de una socialización insuficiente que de un apego excesivo hacia ciertos recursos del consumo. Se trata de un “conformismo desviante” como modo de adaptación racional a unas condiciones de vida objetivas⁵⁰.

48. BEGAG, A. (2002), *Les dérouilleurs*. Paris: Mille et unes nuits.

49. MERTON, R.K. (1965), *Eléments de théorie et de méthode sociologique*. Paris: Plon.

50. CLOWARD, R.A. y OHLIN, L.E. (1960), *Delinquency and Opportunity. A theory of delinquent gangs*. New York: The Free Press.

No en vano, el desempleo y la pobreza no lo explican todo. Así, la delincuencia aumenta en Francia a partir de los años 1950 y se intensifica a lo largo de la fase de expansión económica. Asimismo, la tasa de pobreza es más elevada en zonas rurales, mientras que la delincuencia es sobre todo urbana. Las mujeres están sobre-representadas en el desempleo, pero los delincuentes son mayoritariamente hombres. Por lo tanto, el incremento del desempleo no es mecánicamente un factor de delincuencia, ya que ésta no es un simple producto de las condiciones sociales. Otros factores juegan un papel determinante, tales como el aumento de las oportunidades en el seno de una sociedad del consumo de masas, la urbanización y la movilidad espacial fuera del domicilio de los hogares cuyos cónyuges trabajan (creando más anonimato y unas viviendas sin vigilancia), la facilidad creciente de robo teniendo en cuenta la vulnerabilidad de las víctimas potenciales (escasa resistencia a la violencia en una sociedad que condena su uso) y la ineficacia de la sanción penal⁵¹. En este sentido, la delincuencia sería racional en una sociedad donde los puntos de mira son atractivos, fáciles de acceso y frágiles.

3.2. La crisis del control social

Todos los jóvenes en situación de desempleo o de pobreza no son delincuentes o violentos. El compromiso en las conductas supone igualmente una cierta flexibilidad hacia la norma dominante, e incluso una cierta indiferencia, o al menos una capacidad a neutralizarla⁵². El desarrollo de las conductas de riesgo debe ser puesto en paralelo con el debilitamiento del autocontrol. En el conjunto de la sociedad, a nivel de las costumbres, se ha enraizado un modo de conducta individualista. Más que unos vínculos institucionales y estatutarios, los individuos privilegian los vínculos de afinidad y de igualdad. Los individuos se distancian de los roles tradicionales. La obediencia cede el paso a la toma de iniciativa. El desarrollo de una sociedad, en la cual la construcción personal implica una autonomía superior, complejiza los mecanismos de socialización juvenil.

En este marco, los debates se refieren a la crisis de las instituciones clásicas de educación, por una parte, y a una crisis del control por los demás, el entorno, los adultos, el vecindario, por otra parte. Desde ese punto de vista, las “incivilidades” hacen referencia a unas teorías de la crisis del control social y del declive de la civilidad. Pueden ser interpretadas, al menos parcialmente, como el producto de una desregulación social y de la anomia en el sentido durkheimiano de la palabra, es decir del debilitamiento de las reglas colectivas que controlan las conductas individuales. Por ejemplo, las incivilidades y ciertas formas de violencia invaden los espacios donde la vigilancia de los adultos ha dejado de ejercerse. Con el declive del control comunitario propio a la clase obrera y a los antiguos “suburbios rojos”, ya no hay espacio de desviación tolerado y regulado.

51. ROCHE, S. (2001), *La délinquance des jeunes*. Paris: Seuil.

52. DUBET, F. (1987), *La galère. Jeunes en survie*. Paris: Fayard.

3.3. El incremento de la frustración escolar

La mayoría de las investigaciones subrayan el peso del fracaso escolar que constituye una variable determinante, más aún que el origen social, en la propensión a la delincuencia y a las conductas violentas. Democratizándose, el sistema educativo fabrica sus propias lógicas y genera unas frustraciones considerables en el momento en que suben las aspiraciones al éxito. Como encarnación del ascenso social, la escuela solo puede ser fuertemente interpelada, a partir del momento en que puede simbolizar a la vez una promesa de integración y la incapacidad de conseguirlo. Se desarrollan unas fuertes expectativas a la vez que unos comportamientos de rechazo ante un sistema educativo percibido como segregativa.

La escuela no produce solamente unas desigualdades sociales y espaciales, sino que transforma los problemas escolares en problemas de personalidad, la selección en humillación, el fracaso en pérdida de respeto de sí mismo. De ahí viene el rol central de las “malas clases” en la fabricación de la desviación⁵³. La concentración de los alumnos de escaso nivel escolar en unas clases homogéneas contribuye a instalar un jaleo endémico. Se instalan unas conductas anti-escolares que deben comprenderse como una producción propiamente escolar. Esta situación genera una “cultura negativista”, que además de apoyarse en las aspiraciones de la cultura escolar, que es también la de las clases medias, invierte las prescripciones y valoriza los comportamientos rechazados por la sociedad⁵⁴. En el momento en el cual los jóvenes comprenden que el modelo social legítimo que se les impone y al que aspiran les es inaccesible, pueden elegir rechazar las normas de la institución. Juegan el rol de los “malos”, de los “mal educados”, de los “malos alumnos”. Es salir de esta lógica de la selección escolar y de sus dinámicas competitivas, con el fin de preservar un mínimo de autoestima.

Van Zanten muestra que “la escuela de la periferia” sigue siendo, a pesar de todo un vector de socialización. Incluso si el barrio “coloniza” el colegio por una serie específica de comportamientos y de lenguajes, los adolescentes valorizan la singularidad de la institución que encarna las normas y las reglas que provienen del centro. Pero, el respeto de estas normas no garantiza ni implica unos alumnos en sus estudios ni su transposición en el exterior de la escuela. En el corazón de la situación de los jóvenes alumnos se encuentra una tensión entre las normas de la cultura escolar y las normas de la “cultura de la calle”.

3.4. El rol de la familia

El rol de la familia suscita toda una polémica. La familia no es un factor aislado. Así, para comprender los mecanismos de entrada de los jóvenes en una pandilla, deben explicarse los vínculos entre la familia, el barrio y la escuela. Aparece entonces que la familia no ocupa un lugar central. No en vano, la mayoría de los trabajos muestran que los niños provenientes de familias numerosas están más preocupados por la delincuencia que los menores de las familias reducidas, sea cual sea el nivel de renta y

53. VAN ZANTEN, A. (2001), *L'école de la périphérie. Scolarité et ségrégation en banlieue*. Paris: PUF.

54. COHEN, A. (1955), *Delinquent Boys: The Culture of the Gang*. Glencoe: The Free Press.

el estatus profesional de los padres. Lagrange⁵⁵ menciona, por ejemplo, la propensión más fuerte de los cadetes a la delincuencia por una transmisión de la frustración hacia los más jóvenes, así como el papel de la ausencia del padre. Varias encuestas hablan de “despaternalización” del espacio público de los barrios. Pero, no existe un vínculo directo entre la estructura familiar (por ejemplo la mono-parentalidad) y la propensión a la delincuencia de los menores. La estructura familiar solo ofrece un terreno favorable a la desviación, en la medida en que se caracteriza por una falta de recursos y un cierto aislamiento social.

Ciertos estudios insisten más en el rol de la supervisión parental que en la estructura familiar. Aparece que el déficit de autoridad vinculado a la ausencia del padre y al déficit de supervisión del menor jugaría un rol no desdeñable⁵⁶. Pero, el factor más perturbador estriba en la calidad de las relaciones desarrolladas entre los miembros de la familia. En todo caso, la capacidad de supervisión de sus hijos se ve dificultada porque se ejerce más individualmente. Finalmente, los análisis invalidan la existencia de un vínculo directo entre estructura familiar y frecuencia de la supervisión. De hecho, este vínculo está mediatizado por otros factores y debe ser resituado en una perspectiva más general. La aptitud de los padres para proteger a sus hijos de la delincuencia depende ampliamente de las desigualdades socioeconómicas. En este sentido, la dimisión parental es un mito que carece de fundamento.

3.5. La violencia sexual y las violaciones colectivas

Más que en el pasado, las chicas serían víctimas de las violencias sexuales. Incluso si la cuestión es controvertida, parece sin embargo que este crecimiento no resulta simplemente de una mayor facilidad a presentar una denuncia y a un endurecimiento del tratamiento penal de este fenómeno. Las encuestas basadas en la auto-declaración muestran que el número de víctimas es más elevado entre las jóvenes mujeres. El análisis de los datos de encuestas tiende a mostrar que los hombres jóvenes cometen más violaciones individuales desde hace unos veinte años. Para Lagrange⁵⁷, esta violencia sexual debe ser asociada a la mutación de los roles sexuales y a una “crisis de la masculinidad”, observable a escala de la sociedad global, pero cuyos efectos pueden ser acentuados en los barrios populares, donde la búsqueda de respeto instala entre los chicos una norma de virilidad. La “crisis de la masculinidad” se fundamenta a la vez en la liberación de la mujer, en un éxito escolar superior de las chicas, en el peso del desempleo y de la crisis de los valores del trabajo obrero, que exacerban la valorización de la virilidad, que ha existido siempre en los entornos populares⁵⁸.

Otra forma de violencia sexual es la violación colectiva. Fenómeno mediático desde hace varios años, la violación colectiva es un hecho extremadamente minoritario

55. LAGRANGE, H. (2001), *De l'affrontement à l'esquive. Violences, délinquances et usages de drogues*. Paris: Syros.

56. ROCHE, S. (2001), *La délinquance des jeunes*. Paris: Seuil.

57. LAGRANGE, H. (2001), *De l'affrontement à l'esquive. Violences, délinquances et usages de drogues*. Paris: Syros.

58. DURET, P. (1999), *Les jeunes et l'identité masculine*. Paris: PUF.

entre el conjunto de las violaciones sexuales, mientras que la violación conyugal es más frecuente. También conviene decir que la focalización mediática sobre las violaciones colectivas acentúa la estigmatización de los hombres jóvenes de los suburbios desfavorecidos, y, simultáneamente, invisibiliza las violaciones sexuales hacia las mujeres ejercidas por los adultos y en todas las categorías sociales. Nada indica que se produzcan más violaciones colectivas hoy en día que hace varios años⁵⁹.

No obstante, los testimonios y las encuestas de campo sobre este tema permiten subrayar algunas características de las violaciones colectivas. Tienen un carácter premeditado y repetitivo que resulta de un sistema de intimidación y de amenaza que encierra a la víctima en el silencio, y autoriza la continuación de los actos sobre la misma persona durante un cierto periodo. Por lo tanto, la tesis de una actividad pulsional incontrolable de los chicos es poco creíble. El término “violación colectiva” parece reductor porque “no enuncia la realidad de este proceso que se repite y se inscribe a menudo en el tiempo, verdadero dispositivo espaciotemporal de apropiación sexual de ciertas mujeres por un grupo de hombres”. Este análisis explica esta forma de violencia sexual por el funcionamiento de los barrios y el tipo de relaciones que genera entre los chicos y las chicas. La violación colectiva es una de las expresiones extremas de la posición dominante de los chicos en el espacio público de los barrios desheredados, y, otro aspecto de una misma realidad, de su ausencia de lugar y de poder en la sociedad.

Según otro estudio llevado a cabo por Hamel⁶⁰, los chicos que cometen violaciones colectivas no pueden ser considerados únicamente como unos seres sin puntos de referencia y en vía de profunda des-socialización. En realidad, estos últimos son conscientes de cometer un crimen, pero rechazan definirse como violadores. Asimismo, las violaciones colectivas no pueden ser asimiladas a unos rituales en la medida en que no expresan ni el paso de un estatus a otro, ni una integración en un grupo, ni una iniciación sexual. Los chicos tampoco explican su comportamiento como el producto de una miseria sexual. Incluso si la pobreza es un factor de violencia, aparece sobre todo como “una concepción jerarquizada de las relaciones de género, asociada a una fuerte solidaridad masculina, que preside a estas violaciones”.

3.6. La segregación y la cultura del ghetto

La delincuencia y las violencias se enraízan en una viva sensación de segregación espacial. Según la hipótesis ecológica clásica desarrollada por la Escuela de Chicago, la violencia resulta del crecimiento de las ciudades y de las desigualdades sociales que se incrementan entre los barrios pobres y ricos. Así, las violencias urbanas resultan de una reducción continua de la diversidad social, por una lógica de “secesión” de la población vinculada a la inseguridad⁶¹. El incremento de la concentración espacial del desempleo desde hace un cuarto de siglo constituye la base de una transmisión cultural de los modelos de la delincuencia de una generación a otra. La mayoría de los trabajos fran-

59. MUCCHIELLI, L. (2001), *Violences et insécurité*. Paris: La Découverte.

60. HAMEL, C. (2003), « 'Faire tourner les meufs', Les viols collectifs : discours des médias et des agresseurs », *Gradhiva*, n° 33.

61. DONZELOT, J. et al. (1999), *Faire société. La politique de la ville aux Etats Unis et en France*. Paris: Seuil.

ceses reactualizan en este ámbito la vieja tradición de los estudios urbanos americanos y subrayan la influencia decisiva del grupo de pares.

Sutherland insistía en el carácter adquirido de la delincuencia en un territorio determinado⁶². Ciertos jóvenes de los suburbios desheredados pueden convertirse en delincuentes por “asociación diferencial” cuando dominan en su entorno y en el marco de unos grupos restringidos, las interpretaciones que les son favorables. No se convierten en unos delincuentes por afinidad personal sino por afiliación al grupo de pares. Así, en los barrios de integración desviante, se hablará de un “hecho de socialización”⁶³. En este contexto, el racismo está muy presente. Genera unos comportamientos de violencia ante una sociedad percibida como violenta. Encerrados en el barrio, ciertos jóvenes pueden desarrollar unos comportamientos auto-segregativos en forma de espiral, especialmente hacia el empleo. Se puede hablar entonces de una “cultura de la segregación” o de una “cultura del ghetto” con la condición de que sea definida no como una cultura del aislamiento sino como el producto del aislamiento social”⁶⁴.

4. CONCLUSIÓN

En definitiva, la delincuencia de apropiación estaría vinculada a la generalización de la sociedad del consumo, al enriquecimiento de la sociedad y al endurecimiento de las desigualdades, mientras que las violencias urbanas se referirían a los efectos de la crisis económica, a las trayectorias escolares y a la puesta en marcha de dinámicas del ghetto urbano a partir de la mitad de los años 1970. Las violencias resultan más directamente de las condiciones sociales de los jóvenes, de la segregación urbana y de la profundización del proceso de individualización. Expresan la sensación de privación de las posibilidades de construirse como un individuo autónomo y reconocido. Se apoyan no solamente en un “déficit de posesión” sino también, y de manera más profunda, en un “déficit de ser” y una búsqueda de reconocimiento identitario⁶⁵. Por lo tanto, conviene disociar la delincuencia de apropiación y la violencia expresiva, que es una manera de existir, mientras que la realización de este deseo de reconocimiento conduce a autodestruirse.

Esta violencia expresiva, a menudo considerada como “gratuita”, porque no aspira a un beneficio material sino que pretende destruir los bienes del barrio o anonadar la persona, puede explicarse en términos de dominación social, es decir en términos de individuos privados de individualización. No es cuestión de un individuo que no dispone de los medios para consumir, sino de un individuo privado de las posibilidades de construirse, de valorarse, de afirmarse y de ser reconocido. En esta perspectiva, la violencia

62. SUTHERLAND, E.H. y CRESSEY, D. (1966), *Principes de criminologie*. Paris: Cujas.

63. LAGRANGE, H. (2001), *De l'affrontement à l'esquive. Violences, délinquances et usages de drogues*. Paris: Syros.

64. WILSON, W. (1987), *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass and Public Policy*. Chicago: Chicago University Press.

65. LAGRANGE, H. (2001), *De l'affrontement à l'esquive. Violences, délinquances et usages de drogues*. Paris: Syros.

no es simplemente el producto de un “conformismo frustrado” sino que expresa una forma de dominación tal como los jóvenes no pueden definirse como unos individuos⁶⁶. No están des-socializados sino que están dominados, menos a nivel estrictamente económico que desde el punto de vista identitario. El problema vivido es menos “lo que no tienen” que “lo que no son”.

El individuo no puede ser reconocido porque vive un conflicto entre su propia situación personal y la mirada social por la cual puede ser considerado. Porque esta mirada social, que le identifica, ha dejado de definir su propia situación, el individuo no puede conformarse con lo que se espera de él. No encuentra las palabras para definirse, excepto utilizando las palabras de los demás que lo invalidan. Viene el momento en que el individuo se siente extranjero a sí mismo, porque no se reconoce entre, por una parte, lo que hace, y, por otra parte, lo que es. Vive una situación identitaria, porque no dispone de un registro colectivo de significado en el cual podría dar un sentido a sus comportamientos. En este sentido, las violencias urbanas no corresponden simplemente de la constitución de un problema social. Expresan un principio de dominación e incluso una nueva “relación de clase sin clase”.

5. BIBLIOGRAFÍA

- BACHMANN, C. y LE GUENNEC, N. (1997), *Autopsie d'une émeute. Histoire exemplaire du soulèvement d'un quartier*. Paris: Albin Michel.
- BATTEGAY, A. y BOUBEKER, A. (1992), « Des Minguettes à Vaulx-en-Velin, fractures sociales et discours publics », *Les Temps modernes*, nº 545-536.
- BEAUD, S. y PIALOUX, M. (2003), *Violences urbaines, violences sociales*. Paris: Fayard.
- BECKER, H.S. (1985), *Outsiders. Etudes de sociologie de la déviance*. Paris: Métailié.
- BEGAG, A. (2002), *Les dérouilleurs*. Paris: Mille et unes nuits.
- BEGAG, A. y DELORME, C. (1994), *Quartiers sensibles*. Paris: Seuil.
- BODY-GENDROT, G. (1998), *Les villes face à l'insécurité. Des ghettos américains aux banlieues françaises*. Paris: Bayard.
- BORDET, J. (1998), *Les jeunes de la cité*. Paris: PUF.
- BORDREUIL, J.S. y PERALDI, M. (1997), *Précarité et mobilité dans les quartiers nord de Marseille. Rapport d'étude « extension de l'enquête INSEE Situations défavorisées, Marseille, Périmètre du grand projet urbain, LAMES/CIREJ/CNRS*.
- BOURGOIS, P. (2001), *En quête de respect. Le crack à New York*. Paris: Seuil.
- BRONNER, L. (2010), *La loi du ghetto*. Paris: Calman-Levy.
- BUI-TRONG, L. (1993), « L'insécurité des quartiers sensibles : une échelle d'évaluation », *Les Cahiers de la sécurité intérieure*, nº 14.
- BUI-TRONG, L. (2000), « Violences urbaines dans les quartiers sensibles », in MATTEI, M.F. y PUMAIN, D. (eds.), *Données urbaines*. Paris: Economica, pp. 123-136.

66. WIEVIORKA, M. (1999), *Violence en France*. Paris: Seuil.

- CHAZEL, F. (1985), « Mécanismes d'intégration et formes de déviance », *Encyclopedia Universalis*, pp. 652-656.
- CLOWARD, R.A. y OHLIN, L.E. (1960), *Delinquency and Opportunity. A theory of delinquent gangs*. New York: The Free Press.
- COHEN, A. (1955), *Delinquent Boys: The Culture of the Gang*. Glencoe: The Free Press.
- DONZELOT, J. et al. (1999), *Faire société. La politique de la ville aux Etats Unis et en France*. Paris: Seuil.
- DUBET, F. (1987), *La galère. Jeunes en survie*. Paris: Fayard.
- DUPREZ, D. y KOKOREFF, M. (2000), *Les mondes de la drogue*. Paris: Odile Jacob.
- DURET, P. (1996), *Anthropologie de la fraternité des cités*. Paris: PUF.
- DURET, P. (1999), *Les jeunes et l'identité masculine*. Paris: PUF.
- ESTERLE-HEDIBEL, M. (1997), *La Bande, le risque et l'accident*. Paris: L'harmattan.
- GHORRA-GOBIN, C. (2007), « La sous-représentation politique des habitants des quartiers pauvres : regard ancré dans la ville américaine », *Informations sociales*, n° 141, juillet 2004.
- HAMEL, C. (2003), « 'Faire tourner les meufs', Les viols collectifs : discours des médias et des agresseurs », *Gradhiva*, n° 33.
- JAZOULI, A. (1992), *Une saison en banlieue*. Paris: Plon.
- KOKOREFF, M. (2000), « Faire du business dans les quartiers. Eléments sur les transformations sociohistoriques de l'économie des stupéfiants en milieux populaires. Le cas du département des Hauts-de-Seine », *Déviance et Société*, vol. 24, n° 4, pp. 403-423.
- KOKOREFF, M. (2008), *Sociologie des émeutes*. Paris: Payot.
- LAGRANGE, H. (2001), *De l'affrontement à l'esquive. Violences, délinquances et usages de drogues*. Paris: Syros.
- LAPEYRONNIE, D. (2006), « Les émeutes urbaines en France, en Grande-Bretagne et aux Etats-Unis », *Regards sur l'actualité*, La Documentation française, n° 319, pp. 5-14.
- LE GOAZIOU, V. y LUCCHIELLI, L. (eds.), *Quand les banlieues brûlent. Retour sur les émeutes de novembre 2005*. Paris: La Découverte.
- LEPOUTRE, D. (1997), *Cœur de banlieue*. Paris: Odile Jacob.
- MAUGER, G. (2006), *Les bandes, le milieu et la bohème populaire. Etudes de sociologie de la déviance des jeunes des classes populaires (1975-2005)*. Paris: Belin.
- MERTON, R.K. (1965), *Eléments de théorie et de méthode sociologique*. Paris: Plon.
- MOHAMMED, M. (2007), *La place des familles dans la formation des bandes de jeunes*, Thèse de doctorat en sociologie, Université Versailles Saint-Quentin-en-Yvelines.
- MONJARDET, D. (1996), *Ce que fait la police. Sociologie de la force publique*. Paris: La Découverte.
- MUCCHIELLI, L. (2000), *Familles et délinquance. Un bilan pluridisciplinaire des recherches francophones et anglophones*. Dossier d'Etude, n° 9, Paris: CNAF.
- MUCCHIELLI, L. (2001), *Violences et insécurité*. Paris: La Découverte.
- ROBERT, P. (1999), *Le citoyen, le crime et l'Etat*. Genève-Paris: Droz.

- ROBERT, P. y LASCOUMES, P. (1974), *Les Bandes d'adolescents*. Paris: Editions Ouvrières.
- ROCHE, S. (2001), *La délinquance des jeunes*. Paris: Seuil.
- ROCHE, S. (2006), *La frisson de l'émeute. Violences urbaines et banlieues*. Paris: Seuil.
- ROY, O. (2005), « Intifada des banlieues ou émeutes de jeunes déclassés ? », *Esprit*,
- SUTHERLAND, E.H. y CRESSEY, D. (1966), *Principes de criminologie*. Paris: Cujas.
- TAFFERANT, N. (2007), *Le Bizness, une économie souterraine*. Paris: Le Monde-PUF.
- TRASHER, F.M. (1955), *The gang. A study of 1313 gangs in Chicago*. Chicago: Chicago University Press.
- VAN ZANTEN, A. (2001), *L'école de la périphérie. Scolarité et ségrégation en banlieue*. Paris: PUF.
- WIEVIORKA, M. (1999), *Violence en France*. Paris: Seuil.
- WILSON, W. (1987), *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass and Public Policy*. Chicago: Chicago University Press.

